



La dimensión intelectual en la formación de los sacerdotes. Un comentario a la nueva *Ratio*¹

CRISTÓBAL SEVILLA JIMÉNEZ

Instituto Teológico San Fulgencio. Murcia

Resumen: Un comentario desde el punto de vista de la dimensión intelectual a la nueva *Ratio* que regula la formación en los seminarios. Esta dimensión intelectual, regulada por un plan de estudios en diversas etapas, debe entrar en contacto con las otras tres dimensiones de la formación para lograr así una formación más completa e integral. Y deduzco de esta lectura, que el plan de estudios y sus condiciones de evaluación se vuelven más exigentes.

Palabras clave: Seminarios, *Ratio fundamentalis*.

Abstract: A comment from the point of view of the intellectual dimension to the new *Ratio* that regulates the formation in the seminaries. This intellectual dimension, regulated by a curriculum at various stages, must come into contact with the other three dimensions of formation in order to achieve a more complete and comprehensive formation. And I infer from this reading that the curriculum and its assessment conditions become more demanding.

Keywords: seminaries, *Ratio fundamentalis*.

El sábado 1 de abril del presente año 2017, y gracias a la invitación del Pontificio Colegio Español de Roma con motivo de su 125 aniversario, tuve la oportunidad de asistir a una audiencia con el Papa Francisco. En esta audiencia

1 CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *El don de la vocación presbiteral. Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* (Roma 2016). A partir de ahora citaremos como DVP.

el Papa tuvo un discurso², que según Jesús de las Heras, director de la revista *Ecclesia*, ha sido “el segundo discurso de Francisco, en sus cuatro años de ministerio petrino, dirigido, de modo expreso y directo, a la Iglesia en España”³. El primero fue el dirigido a los obispos españoles el 3 de marzo de 2014, con ocasión de la visita *ad Limina*⁴, y les dijo que era prioritario “preparar equipos de buenos formadores y profesores competentes”. Y este tema lo ha venido subrayando el Nuncio en España Mons. Renzo Fratini en sucesivas sesiones inaugurales de la Asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española⁵.

Por tanto, no es extraño que en este discurso al Colegio Español, el Papa Francisco abordara el tema de la formación, especialmente la del clero, ya que este Colegio fue fundado para que se formaran en Roma los que habrían de ser formadores en sus diócesis⁶. Es el tema de la nueva “*Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*”, y Francisco subrayó algunos puntos de esta *Ratio* desde un discernimiento en el que nos prevenía contra toda tentación de convertir los estudios en una especie de “carrerismo”, o caer en el “academicismo clerical” que acaba contaminando a la Iglesia con ideologías de todo tipo.

Me atrevo a escribir este comentario sobre la nueva *Ratio* empujado no sólo por las palabras que el Papa Francisco nos dirigió a todos los allí presentes, sino por las palabras que me dijo en el breve momento en el que pude saludarle personalmente. Cuando me presenté como responsable de los estudios del seminario diocesano, él, con rostro serio y tomándome del brazo con sus manos me repitió hasta tres veces: “que estudien”. Francisco nos dijo que la formación de un sacerdote “no puede ser únicamente académica, aunque esta sea muy importante y necesaria, sino que ha de ser un proceso integral, que abarque todas las facetas de la vida”. Quiero en este comentario analizar desde lo que se nos pide en esta nueva *Ratio* y también desde mi propia experiencia, cómo se integran los estudios académicos en este proceso integral de formación. Abordando algunas dificultades actuales y buscando algunas sugerencias y propuestas, de manera que podamos enriquecernos en nuestra misión de profesores y formadores.

2 https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2017/april/documents/papa-francesco_20170401_collegio-spagnolo.html

3 www.revistaecclesia.com/verdadera-formacion-huir-del-carrerismo-otras-pestes-editorial-ecclesia/

4 *Ecclesia* 3.717, págs 34 y 35.

5 Cf el último en la 109 Asamblea del 13 de marzo de 2017: www.conferenciaepiscopal.es/palabras-saludo-del-nuncio-apostolico/

6 https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2017/april/documents/papa-francesco_20170401_collegio-spagnolo.html

I. FORMAR DISCÍPULOS MISIONEROS

Creo que detrás de estas expresiones de Francisco hay un discernimiento para poner a la Iglesia en estado de misión continua. La palabra “misión” es transversal y clave en esta nueva *Ratio*, pues como vamos a ver se trata de formar al seminarista como “discípulo misionero”. Y esto es importante para profesores y formadores, pues como discípulos enseñamos a los que tienen que ser discípulos. Enseñamos desde el discipulado, no desde una sabiduría que se mira a sí misma. Por eso Jesús no quiere que nos llamemos “maestros”, ni “padres”, pues todos seguimos a un único “maestro”⁷.

Y en este discernimiento señala la inclinación al carrerismo o el deseo de ser cada vez más importante, de “trepar” a puestos más señalados y con más renombre. Cuando esto se manifiesta evidencia un síntoma que ralentiza la misión, pues acabamos sintiéndonos funcionarios dentro de una autocomplacencia de la eficacia y lo funcional. Esto es una tentación que lleva a servirse y no a servir, consciente o inconscientemente, y cuando esta actitud se tolera se acaba justificando, y se genera una actitud poco humilde y nada misionera que corroe a quien debe ser discípulo fiel y humilde de Jesucristo.

Entiendo que ese “academicismo clerical” se refiere a cuando en lo académico priman más los títulos y los logros propiamente académicos que el servicio a la misión de la Iglesia, entonces el profesor y la universidad tienen la tentación de centrarse más en sí mismos que en el servicio de una formación integral. Tantas veces podemos estar buscando una excelencia más mundana que eclesial y misionera, guiados por un pragmatismo utilitarista, teniendo así la tentación de caer en ideologías que conducen a un individualismo autosuficiente. Lo académico debe ser sinónimo de objetividad y exigencia, pero una objetividad animada por un espíritu eclesial y misionero, especialmente cuando está al servicio de la formación de los futuros pastores de la Iglesia.

Pero este pragmatismo existe también en otro tipo de clericalismo que acaba minusvalorando el estudio. Este clericalismo antiacadémico se puede manifestar bajo la excusa de que el estudio no es la única dimensión de la formación de los seminaristas, relegando indirectamente el estudio a una actividad más entre otras, que termina convirtiéndolo en algo superficial, sin día a día ni entrega. Cuando, en realidad, el estudio personal debe ser el trabajo diario que configure actitudes humanas como la constancia, el espíritu de trabajo y sacrificio, la perseverancia, y el trabajo en equipo más allá de los resultados. Creo que quien directa o indirectamente piensa así, y minusvalora el estudio, no ha comprendido *El Don de la vocación presbiteral*.

7 Sobre este tema, M. PÉREZ FERNÁNDEZ, *Jesús, Maestro de las Escrituras. Parábolas de Jesús* (San Fulgencio, Murcia 2017).

Este discernimiento del Papa Francisco no es nuevo, pues también Benedicto XVI, al principio de su ministerio petrino⁸ y durante el año sacerdotal (2009-2010) puso el dedo en la llaga de este síntoma. Y en el tema del academicismo el mismo Benedicto habló de manera muy clara y testimonial, pidiendo a los jóvenes profesores universitarios que evitaran el pragmatismo utilitarista, en el discurso que dirigió a estos profesores en San Lorenzo de El Escorial⁹.

Lo que el Papa Francisco nos propone para superar esta patología es más formación, una formación que sea integral, constante y siempre actualizada, para que, “a través de la sencillez y la austeridad de vida podamos llegar a ser promotores de una verdadera justicia social”¹⁰. Todo un programa para la Iglesia en España, tal como decía el editorial de “Ecclesia”, no sólo para pastores, aunque lo dirigiera en primer lugar a nosotros, sino también para todos los fieles. Podemos decir, utilizando una expresión de Benedicto XVI, que estamos ante una “emergencia educativa”¹¹ que nos implica a todos, pero especialmente a los seminaristas y sacerdotes.

Este programa que nos propone Francisco es la base de la *Ratio* que regula la formación en los seminarios y de la que la Conferencia Episcopal Española debe sacar la nueva *Ratio nationalis*. Varias frases de este discurso del Papa Francisco están sacadas de la *Ratio*, y cita varios puntos (87 y 116). Y algo muy importante en esta *Ratio* es que aborda el tema de la formación con una mirada amplia, pues ésta no se acaba con la ordenación sacerdotal sino que continúa con la formación permanente, ofreciendo propuestas concretas

8 Cf la homilía en una eucaristía de ordenaciones sacerdotales del 7 de mayo de 2006, en el IV domingo de Pascua, comentando el verbo *anabaino* de Jn 10,1: “Esta palabra “sube” (anabainei) evoca la imagen de alguien que trepa al recinto para llegar, saltando, a donde legítimamente no podría llegar. “Subir”: se puede ver aquí la imagen del arribismo, del intento de llegar “muy alto”, de conseguir un puesto mediante la Iglesia: servirse, no servir. Es la imagen del hombre que, a través del sacerdocio, quiere llegar a ser importante, convertirse en un personaje; la imagen del que busca su propia exaltación y no el servicio humilde de Jesucristo”. https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/homilies/2006/documents/hf_ben-xvi_hom_20060507_priestly-ordination.html

9 Viaje apostólico a Madrid con ocasión de la XXVI jornada mundial de la juventud 19 de agosto 2011. https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2011/august/documents/hf_ben-xvi_spe_20110819_docenti-el-escorial.html

10 Cf *DVP* 111, citando a JUAN PABLO II, Exhortación apostólica post-sinodal *Pastores dabo vobis*, 30.

11 Benedicto XVI, ante esta situación conformista, aletargada por tanta ignorancia, y barnizada de autosuficiencia, llamó a una “emergencia educativa”, http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/letters/2008/documents/hf_ben-xvi_let_20080121_educazione.html

para esta formación que permanece en el tiempo que dure el camino del discípulado. Dicho de manera concisa, esta nueva *Ratio* nos está pidiendo una visión más amplia e integral de la formación intelectual de los seminaristas y sacerdotes.

II. EL SEMINARISTA ESTÁ LLAMADO “A SALIR DE SÍ MISMO” PARA DISCERNIR CON LIBERTAD INTERIOR Y ADQUIRIR UNA VISIÓN PRUDENTE Y COMPASIVA

Creo que algunos profesores, al iniciar su curso con alumnos nuevos y en primer curso, suelen preguntar por la motivación de sus alumnos para elegir esos estudios. Esta pregunta está ya respondida, pues haber pedido el ingreso en el seminario ya es decir algo, y quien lo ha hecho ha iniciado un tiempo de prueba, y de discernimiento para que en su decisión sea “conscientemente libre para Dios y para los demás”.

La palabra “libertad” se repite en esta nueva *Ratio* varias veces y a lo largo de diversos capítulos, es una palabra transversal, que algunas veces viene adjetivada como “libertad interior”, pues todo este proceso integral de formación tiene que tender a hacer del futuro presbítero el “hombre del discernimiento”, “capaz de interpretar la realidad de la vida humana a la luz del Espíritu, y así escoger, decidir y actuar conforme a la voluntad divina” (DVP 43). La “libertad interior” es lo contrario de la aparente exterioridad que genera posturas narcisistas.

Desde el primer momento de este proceso formativo los estudios ayudan a madurar en esta “libertad interior” necesaria para el discernimiento. En primer lugar porque el seminarista tiene que entrar en una actitud de estudio que le hace salir de sí mismo para adquirir conocimientos, capacidades, precisión, razonamiento, expresión, habilidades, interés...¹². Sin conocimiento no hay verdadera libertad, y sin salir de uno mismo no se puede entrar en la “libertad interior”, pues este conocimiento ayuda a entrar en el espíritu evangélico y eclesial, y ayuda a crecer en el conocimiento de uno mismo, en la comunión y en el diálogo. El estudio no es algo aislado, sino que entra en contacto con las otras tres dimensiones de la formación: la humana y espiritual, la comunitaria,

12 Cf Perfil del egresado, habilidades y competencias, en INSTITUTO TEOLÓGICO SAN FULGENCIO, *Agenda Académica. curso 2016-2017*. Estos perfiles u objetivos fueron elaborados en equipo por la Junta de Gobierno de nuestro centro durante el curso 2006-2007, siguiendo las indicaciones de la Facultad de Teología de la UPSA, nuestra universidad afiliante, y después llevados a claustro. Además de los objetivos sugeridos por la UPSA, elaboramos otros propios, centrados en la formación específica de los seminaristas.

y la apostólica, aportando un conocimiento objetivo y un hábito como sustrato que desarrolle una madurez humana en las distintas etapas o edades de la vida¹³.

La palabra “discernimiento” ha caído casi en el olvido, sobre todo en las nuevas generaciones. Y sin embargo es clave en el proceso vocacional, pues con las prisas de la era digital y la superficialidad que le acompaña se corre el riesgo de que la vocación se convierta en un simple “me gusta”, que lleve al narcisismo y a la apariencia presuntuosa (DVP 42). El discernimiento forma parte del dinamismo de la vida cristiana, en donde sentimientos, pensamientos, actividades, relaciones con los demás tienen que ser discernidos desde el evangelio y en la conciencia de cada uno, de manera que podamos abrirnos a una relación personal con Dios implicando nuestra libertad y nuestra responsabilidad. El estudio aporta en este camino de discernimiento un trabajo diario y constante y una objetividad de conocimientos que ayuda a crecer espiritualmente y con honestidad, y así contribuye a una humanidad bien estructurada como base de una recta y armónica espiritualidad. DVP 93 cita una frase clave de Santo Tomás de Aquino a propósito de esto: “La gracia presupone la naturaleza...”, y es que la fe se tiene que ayudar de la razón para enraizarse en la humanidad y vivir en la realidad, y no caer en pietismos evasivos o en ideologías.

Otra palabra que se repite varias veces a lo largo de este documento es “prudencia”, y aparece como un objetivo claro de todo el proceso formativo. La prudencia como virtud es en primer lugar una capacidad de pensar para actuar y tomar decisiones sin causar daño o perjuicio. Se requiere una “visión prudente y compasiva” como la mirada del Buen Pastor (DVP 120-123)¹⁴. Es la habilidad que todo pastor debe desarrollar para “la relación interpersonal, el trabajo comunitario, y el acompañamiento espiritual”, algo que también en el estudio debe ser considerado como objetivo¹⁵. El futuro pastor deberá ayudar a afrontar debilidades y dificultades de la vida, pero sobre todo deberá “sostener libertades” con prudencia y compasión¹⁶. Sin una suficiente preparación intelectual, armonizada con las otras dimensiones, la tendencia será precisa-

13 Aun que nuestra era digital está cambiando la percepción de la edad con su artificial aceleración, creo que sigue siendo un clásico el libro de R. GUARDINI, *Las edades de la vida. Su significación ética y pedagógica* (Cristiandad, Madrid 1977).

14 Cf. FRANCISCO, Carta apostólica *Misericordia et Misera, con motivo de la conclusión del Jubileo Extraordinario de la Misericordia* (Roma 2016) 10, tratando el ministerio de la Confesión.

15 Cf. *Agenda Académica*, 7.

16 Cf. SÍNODO DE LOS OBISPOS, *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*. Documento preparatorio para el XV sínodo de los obispos (Claretianas, Madrid 2017) 30-31.

mente la contraria, a encerrarse en sí mismo y a responder con narcisismo y autoritarismo. Precisamente por eso, esta *Ratio* deja claro desde el principio que “el discernimiento, realizado por los formadores, considerando todos los ámbitos de la formación, permitirá el paso a la etapa siguiente sólo a aquellos seminaristas que, además de haber superado satisfactoriamente los exámenes previstos, hayan alcanzado el grado de madurez humana y vocacional que se requiere para cada etapa” (*Introducción*). Subrayo “además de”. Y esto se vuelve a subrayar en el punto 140 cuando habla de los profesores y recuerda que “la dedicación de los seminaristas al trabajo intelectual personal, en todas las asignaturas, debe ser considerada un criterio de discernimiento vocacional y una condición para el crecimiento gradual en la fidelidad a las responsabilidades ministeriales del futuro”.

III. CUATRO DIMENSIONES FORMATIVAS COMO “VASOS COMUNICANTES”

La teoría de los vasos comunicantes dice que en un conjunto de recipientes comunicados por su parte interior con un líquido homogéneo, se observa que cuando el líquido está en reposo alcanza el mismo nivel en todos los recipientes, sin influir la forma y volumen de estos. Así ocurre con las cuatro dimensiones de la formación: humana y espiritual, intelectual, comunitaria, y apostólica, en donde el líquido es la vocación que lleva a salir de sí mismo, y los recipientes en donde se debe nivelar este líquido son estas cuatro dimensiones. Cada una tiene un volumen y una forma diferente, pero si las dimensiones formativas están conectadas, el líquido se nivela. Entonces se dan las condiciones para un discernimiento libre y creativo que permita al seminarista desarrollar sus dones y carismas con docilidad al Espíritu y con “una verdadera y madura obediencia” (DVP 109). Y como nos dijo el Papa Francisco, si alguna de estas dimensiones falta o no está bien conectada, “ya empieza a renquear la formación y termina parálitico el cura. Así, que, por favor, las cuatro juntas e interactuándose”.

Es evidente que el vaso del estudio es grande durante el tiempo del seminario, porque es mucho el tiempo y la dedicación que exige, y se requieren buenos recursos humanos para aparejarlo bien, pues el “apoyo intelectual hace posible la formación integral” (DVP 127). Como veremos más adelante, en el periodo del sacerdocio este vaso del estudio, aunque no se debe suprimir, cambia de tamaño a favor del vaso del apostolado. Esta dimensión intelectual durante el periodo del seminario es algo que no se puede improvisar, y por eso, creo que siempre es bueno que lo académico pueda ser evaluado desde

fuera del propio seminario, como hace la universidad afiliante. De hecho, para la elaboración de esta nueva *Ratio* no ha intervenido sólo la Congregación para el Clero, sino también, especialmente en el capítulo VII, la Congregación para la Educación Católica, de la que dependen nuestras Facultades de Teología afiliantes. Y creo que a la hora de redactar la *Ratio* nacional en España se tendrá que consultar a las Facultades de Teología.

IV. LA “SCALA CLAUSTRALIUM” DE LA *LECTIO DIVINA* COMO MODELO

Esta nueva *Ratio* insiste en la *lectio divina*, ya desde el primer momento del proceso formativo en la etapa propedéutica. Es necesario un contacto con la Palabra de Dios, no sólo desde el ámbito espiritual, sino ante todo desde el ámbito de los estudios, si queremos que de verdad ésta sea el “alma de la Teología”. Y este estudio debe hacerse “desde la *lectio divina* hasta la exégesis¹⁷ (DVP 71).

Las cuatro dimensiones de la formación podemos comprenderlas también desde la “scala claustralium” que estableció el maestro de novicios medieval Guigo II el Cartujo¹⁸ para explicar metódicamente la *lectio divina*. Este modo de lectura espiritual trata de integrar el estudio, el análisis crítico e histórico del texto, dentro de un acercamiento sapiencial. Los cuatro momentos son progresivos, y muestran un método (*etim.* “camino que lleva a un final”) de comprensión de la Escritura, que es también un camino espiritual y discipular.

- Los dos primeros pasos de este camino, *lectio* y *meditatio*, son más objetivos, y en ellos tiende a emerger lo que dice el texto, su comprensión. Este movimiento se corresponde con la dimensión intelectual y la vida de estudio, pues no olvidemos que lo que el monje Guigo entiende por meditación es “una obra de la mente que se aplica a excavar en la verdad más escondida bajo la guía de la propia razón”.

17 Me parece muy acertado el que esta nueva *Ratio* pida superar el dualismo entre exégesis científica y *lectio divina* (cf DVP 166, nota 255, citando *Verbum Domini*). Al respecto, considero ahora actual mi propuesta de hace algunos años en las Conversaciones de la UPSA (2008), “La *lectio divina* en la universidad”, en José Manuel Sánchez Caro (coord.), *Palabra de Dios y Teología* (UPSA, Salamanca 2010) 89-98.

18 Dentro de una carta al monje Gervasio: PL 184 475-484. Hace remontar estos cuatro escalones a las palabras de Jesús sobre la oración en Lc 11,9: “Buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá... Buscad en la lectura y encontraréis en la meditación, llamad en la oración y se os abrirá en la contemplación”.

El proceso de los estudios ayuda al discernimiento cuando el seminarista se introduce en el círculo hermenéutico de “comprender-buscar-amar”. Se busca y se pregunta para comprender, y lo que se comprende se ama, y lo que se ama se comprende todavía más. El amor, centro y luz de la fe cristiana, se comprende y se aprende (estudios), interiorizándolo (vida espiritual), viviéndolo en la fraternidad y testimoniándolo en la vida apostólica.

- El tercer paso, *oratio*, es una respuesta a la palabra estudiada, y en este paso el seminarista que estudia, reflexiona y razona; responde desde el amor: “*la oración es un compromiso de amor del corazón con Dios con el fin de extirpar el mal y conseguir el bien*”, dice el maestro Guigo. La *oratio* tiene que ver con la dimensión espiritual y comunitaria, y nos introduce en un círculo virtuoso de respuesta a la vocación desde la obediencia a la Palabra de Dios.
- El cuarto paso, la *contemplatio*, forma una bina inseparable con la *actio*. Porque la contemplación cristiana no es sinónimo de ensimismamiento, sino que nos lleva a mirar este mundo y sus condiciones humanas desde la mirada de Dios, una mirada que nos hace decir que nada de este mundo nos resulta indiferente¹⁹, y nos lleva a actuar en favor de la dignidad de todo ser humano²⁰. Y esta es la base de la dimensión apostólica del sacerdote, pues la contemplación deja una experiencia y nos transforma.

Esta lectura, o estudio, tiende a la unidad entre vida y fe, entre existencia y oración, entre lo humano y lo espiritual, entre la interioridad y la exterioridad. Y tenemos que ser conscientes que esta es nuestra piedra de tropiezo, y de aquí nos vienen algunas dificultades, no sólo a los profesores sino también a los formadores. El saber unir desde la comprensión y también desde el testimonio, pensamiento y vida²¹. No se trata de ser especialistas en algo, sino de adquirir las actitudes necesarias para saber estar, respondiendo a Dios que nos habla a través de su Palabra y de los acontecimientos.

19 La última Carta Encíclica de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) nos invita a una mirada contemplativa sobre este mundo, “porque el mundo es algo más que un problema a resolver, es un misterio gozoso que contemplamos con jubilosa alabanza” (FRANCISCO, Carta encíclica *Laudato Si'*, 12). Precisamente de esta mirada contemplativa se desprende el ver-juzgar-actuar, ante los problemas ecológicos de nuestra casa común, que desarrolla esta encíclica de Francisco.

20 Cf la reflexión del monje TH. MERTON, comentando la encíclica de Juan XXIII, *Mater et magistra*, en *Vida y santidad* (Herder, Barcelona 1964) 135-142. De este mismo autor y sobre esta relación entre contemplación y compromiso cristiano: *Acción y contemplación* (Kairós, Barcelona 1982).

21 Cf. J. GUITTON, *Aprender a vivir y a pensar* (Encuentro, Madrid 2006).

V. LOS VALORES DEL ESTUDIO COMO TRABAJO

El estudio es un trabajo diario y humilde, un “ora et labora” sapiencial de escucha, lectura y síntesis, imprescindible para configurar el trabajo paciente y prudente del sacerdote. Desde una visión descriptiva, y no exhaustiva, creo que la vida académica y de estudio en los seminarios tiene tres valores que ayudan a una formación integral del sacerdote.

- a) El estudio es un trabajo constante en el que hay que entrar con espíritu de sacrificio y entrega. No se puede plantear como una actividad más, pues si el estudio personal que el seminarista debe hacer después de cada clase es a salto de mata y a trompicones, entonces el estudio se convierte en algo improvisado, para rellenar el expediente. Creo que el seminario debe facilitar las mejores horas del día para esta tarea constante y entregada, y debe saber acompañar junto con los profesores las dificultades que el seminarista tenga en este aspecto. Si el estudio está continuamente interrumpido, si no es constante, si sólo se hace con intensidad en los tiempos de exámenes, entonces no habrá espíritu de entrega y sacrificio, y el estudio realizado no podrá conectar bien con los otros vasos comunicantes de la formación. Será algo superficial y aislado y se convertirá en caldo de cultivo de todo tipo de clericalismo. Por un lado puede aparecer un clericalismo académico que busca el título y sobrevalora los resultados académicos, o puede también aparecer por otro lado, un clericalismo antiacadémico que acaba minusvalorando el estudio. Creo que ambos extremos deben ser corregidos a través del discernimiento. Lo que más cuenta es la simple intención del seminarista que de verdad se entrega e inicia un camino de búsqueda y conocimiento, y esto más allá de los mismos resultados académicos. El estudio necesita siempre pureza de intención y honestidad, y los profesores podemos ayudar a identificar y corregir ciertas polarizaciones:
- El espiritualista o pietista que huye de los razonamientos, el contraste de ideas, y la reflexión.
 - El intelectualista que valora sólo las materias teóricas y tiende a despreciar las asignaturas más prácticas (pastoral, catequética...). Y esto nada tiene que ver con el hecho de que un seminarista muestre especial interés por algunas materias.
 - El que continuamente se pregunta: ¿para qué sirve esto si yo quiero ser cura? Tiene ideas preconcebidas y prejuicios, y es de los que dice más “hay que...”, que “tengo que...”.

- El censor que bajo capa de seguridad doctrinal es capaz de juzgar un libro sin ni siquiera leerlo, tan sólo por el autor o el título, y hasta cree que ese libro no debería estar en la estantería de la biblioteca. Y esto porque ha oído o ha leído algún juicio sobre ese libro y lo ha etiquetado, confundiendo muchas veces la opinión de alguien con el juicio de la Iglesia. Quien esto hace termina también censurando al profesor.
 - El activista que excusa con otras actividades del seminario, su falta de rendimiento académico.
 - El que polariza de un modo u otro cualquier tema, con una cierta tendencia individualista.
- b) El estudio es un trabajo paciente, reflexivo y crítico. Es paciente porque sus frutos requieren, además de la constancia, honradez y tiempo. Y cuando hablamos de tiempo no podemos olvidar que en la era digital todo va muy rápido, y casi todo se encuentra fácil, aunque sólo sea de forma aparente. La reflexión y el espíritu crítico requieren otro tiempo más pausado para la lectura, la comprensión y la síntesis. Leer, subrayar, pararse y preguntar, asimilar y gustar, parece que no son verbos que se conjugan muy bien en la era digital por ese orden. En esta era digital empezamos muchas veces por el final, por un “me gusta” que corto y pego. Por eso un profesor debe conducir bien las lecturas y los trabajos escritos, y lo mismo que le pedimos al seminarista paciencia y reflexión, nosotros tenemos que responder también leyendo su trabajo y reflexionando después con él. Desde el trabajo honrado y paciente el seminarista entrará también en el pensamiento crítico, aprendiendo a analizar con humildad, para evitar quedarse con lo primero que lee, escucha u oye. Irá trabajando su propia síntesis, y desde su vocación irá respondiendo con generosidad, buscando comprender cada día más, para amar y servir más. Comprenderá que su formación no acabará nunca, pues el trabajo de lectura y comprensión paciente, reflexiva y crítica formará parte de su misión.
- Quien con humildad es constante en la lectura y en la comprensión lo será también en la escucha paciente del otro, y no tendrá miedo a contrastarse con opiniones diferentes.
- c) El estudio es un trabajo humilde y sapiencial. Es humilde porque entra en la veracidad de Dios (Jn 3,33) y queremos que nuestra casa esté en Dios, por eso aprendemos a mantener una distancia crítica y prudente con nosotros mismos y con las cosas. El estudio ayuda al descentramiento de los propios intereses. Es sapiencial porque este estudio tiene

que ser contemplado y llegar al corazón del discípulo que se siente llamado para seguir a Jesús y estar con él. De manera que en nuestra formación buscamos acercarnos a Dios con humildad, y hacerlo sin dobleces ni intereses, tal como nos indicó el Papa Francisco en su discurso de Roma. Esta actitud en el estudio fomentará la verdadera caridad pastoral que supone salir al encuentro del otro, comprendiéndolo y aceptándolo.

Este trabajo constante, reflexivo y humilde ayuda a discernir la vocación durante los años del seminario y configura la vida del sacerdote, pues esta entrega diaria ayuda a pensar y a vivir como discípulos del único maestro. Quien permanece constante y entregado será capaz de construir una síntesis al servicio del Evangelio. No podemos olvidar que la falta de un estudio serio y humilde afecta a la objetividad de la evangelización, pues se corre el riesgo de un subjetivismo en donde el sujeto se proyecta a sí mismo. El estudio ayuda a discernir a quien está en proceso, pero también prepara con objetividad a quien debe evangelizar. El estudio epidérmico no ayudará al proceso de discernimiento y la vocación será un “me gusta”, y esto acabará afectando a la evangelización.

VI. LAS ETAPAS DEL PROCESO FORMATIVO

Cuatro etapas en la formación del Seminario que van configurando una formación inicial como seminaristas y una formación permanente que continuará en la vida sacerdotal (DVP 54).

- a) La formación inicial del Seminario comienza con una “indispensable” etapa propedéutica. Creo que es un acierto el reconocer desde la experiencia acumulada la necesidad de una etapa propedéutica (DVP 59), y pedir que se implante como indispensable y específica. Es un momento clave para poder poner los fundamentos de la formación del seminarista, haciendo que los vasos comunicantes, cada uno con sus características y sus tiempos, empiecen a funcionar. De esta manera, creo que el seminarista, al iniciar el ciclo filosófico y teológico, estará más motivado, más preparado y estudiará con un mejor aprovechamiento. Desde nuestra experiencia reconocemos también la necesidad de esta etapa de iniciación. Durante el curso 2006-2007, y por iniciativa del equipo de formadores del seminario en aquel momento, estuvimos preparando un plan

de formación para un posible año propedéutico²². La idea fue consultada en el claustro de profesores y en general fue bien vista, aunque no de forma unánime. Uno los profesores de filosofía, un laico que enseñaba también en un Instituto, nos informaba sobre las deficiencias educativas en ese momento y nos advertía que la tendencia era a peor. Dada la especificidad de los estudios filosóficos con los que empieza este plan de estudios, un año propedéutico puede ayudar a preparar al seminarista en el hábito de estudio, y puede ayudar también no sólo a prepararse para las particularidades de estos estudios tratando de afrontar ciertas lagunas, sino también para que algunos seminaristas (mayores, de otros países...) puedan normalizar su acceso a la universidad y así comenzar el primer curso filosófico como alumnos oficiales.

- b) La segunda etapa está dedicada a los estudios filosóficos (bienio filosófico) y quiere resaltar el discipulado (etapa discipular). Esta etapa se centra especialmente en la dimensión humana y para la nueva *Ratio* debe ser valorada y comprendida en sí misma, y no como un “paso obligado” para los estudios teológicos (DVP 66). Es también el momento de aprender la metodología que ayude a componer trabajos escritos con orden, criterio y honradez, algo muy necesario en esta era digital. Los fundamentos de esta metodología como es el ejercitarse en la comprensión y en la síntesis de textos, podrían adelantarse a la etapa propedéutica.

La filosofía ayuda a este centrarse en la dimensión humana, con una “metodología específica” (DVP 159), y unos contenidos adecuados, y creo que es lo que se debe procurar trabajar también desde las otras tres dimensiones, de manera que el seminarista desde su bautismo y desde el don de la vocación se sienta un humilde laico que está discerniendo y comprendiendo su vocación. Ésta es la base y el fundamento del discipulado, del seguimiento a Jesús: la humanidad tal como la sentimos y la vivimos, con sus valores, sobre los que se construye la personalidad. La filosofía y las ciencias humanas ofrecen una reflexión para comprendernos, y para explicar la realidad en la que vivimos (DVP 158-164). Creo que en este momento, materias como sociología de la religión y psicología, son muy importantes para tener claves de interpretación

22 Para elaborar la propuesta seguimos las directrices del documento informativo de la Congregación para la Educación Católica del 10 de Mayo de 1998, que recogía *Optatam Totius* 14, y *Pastores dabo vobis* 62. Ahora sacamos de nuestro archivo aquel plan como el escriba del Reino en Mt 13,52, un plan muy coincidente con DVP 157, pues este plan ya estaba sugerido, y ahora, pasa a ser obligatorio.

de la realidad humana y social²³. Es el momento de preguntarse por el sentido, por lo que somos, por el mundo, con una lógica y un método que enseñe a introducirse en el *sensus humanitatis* (*etim.* “percepción, comprensión”). Los formadores y profesores tenemos que identificar y corregir prejuicios que excluyen. Si no se trabajan los valores para el encuentro y la amistad con los hombres y mujeres, difícilmente se entenderá el seguimiento de Cristo y la amistad con él. Si no tratamos de comprender lo humano, no lograremos acercarnos a la humanidad salvífica de Jesucristo y configurarnos con él.

El estudio en esta etapa tiene que ayudar también a identificar y corregir, desde el conocimiento objetivo y la reflexión, todo clericalismo que se manifieste en la búsqueda de apariencia, “una presuntuosa seguridad doctrinal o disciplinar, el narcisismo o el autoritarismo, la pretensión de imponerse, el cultivo meramente exterior y ostentoso de la acción litúrgica, la vanagloria, el individualismo, la incapacidad de escuchar a los demás y todo tipo de carrerismo” (DVP 42). Por eso, creo que no es conveniente que el seminarista empiece a utilizar ya, aunque sólo sea en algunas celebraciones y procesiones, vestimentas clericales, ni en el seminario ni en las parroquias.

En esta etapa, el poder tener algunos profesores o profesoras laicos que explique algunas materias filosóficas o sociales con objetividad y realismo (DVP 143), es una gran aportación. Desde nuestra experiencia podemos decir que esto enriquece la perspectiva de la enseñanza.

Cuando un seminarista tiene que pasar de etapa y tiene varias asignaturas suspensas creo que el equipo de formadores debería hacer un discernimiento sobre este seminarista. Si el rendimiento académico en la etapa filosófica no ha sido el adecuado se debería discernir el paso a la siguiente etapa, y creo que como criterio general no es conveniente pasar a la siguiente etapa con asignaturas suspendidas (cf. DVP *Introducción* y 140).

c) La tercera etapa o etapa de los estudios teológicos viene definida como de configuración con Cristo y con su Iglesia que lleva a la aceptación gradual de la identidad presbiteral. La formación teológica debe ilustrar (*etim.* “iluminar”) esta configuración sacerdotal. A través de la

23 No ha sido fácil integrar en sólo dos cursos con 120 ECTS lo que se nos pedía desde el documento CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Decreto de reforma de los estudios eclesiásticos de filosofía* (28 de enero de 2011), con el aumento de créditos en materias como Metafísica y Lógica, y la salida fácil era disminuir o suprimir alguna de las materias sociales.

Sagrada Escritura, y las distintas materias teológicas, los seminaristas, iniciados ya en el camino del discipulado, adquieren un *sensus Christi* y un *sensus Ecclesiae*. “Para estar con él y ser enviados” (Mc 3,113-15), con corazón de pastor, pues el ser está antes que el hacer, de manera que el sacerdote pueda vivir la fe en la intemperie de este mundo sin buscar fantasías impropias. “Hará de la propia vida el *lugar* para una escucha acogedora de Dios y de los hermanos” (DVP 120).

La teología se puede quedar en unos principios abstractos que lleve a una “simple apariencia de hábitos virtuosos” (DVP 41), y que arrastra a un clericalismo del aplauso y del dominio (DVP 31). Esta tentación se acentúa en esta era digital, pues el “encuentra todo y fácil” nos puede llevar a una teología sin reflexión ni interioridad, una teología de la apariencia, que ni configura ni compromete. Por eso, estos estudios tienen que dar una sólida formación y una madurez interior que ayude a ser fiel al evangelio actuando con una “gran libertad interior” (DVP 41).

El seminarista tendrá que entrar en la metodología propia de cada parte de la teología, desde la hermenéutica y la exégesis bíblica, pasando por el conocimiento de las fuentes teológicas, y los fundamentos racionales y existenciales²⁴. Sin esto no se puede reflexionar. Desde nuestra experiencia creo que esto es lo más importante, que el seminarista sepa preguntar, buscar, y preparar con humildad, competencia y reflexión cualquier tema, implicando su vida en ello.

DVP hace algunas propuestas de asignaturas que deberían incorporarse, como *Teología de la vida consagrada*. Parte del contenido de esta materia o asignatura está en la importante asignatura de *Eclesiología*. Y de hecho, en el programa de la síntesis teológica de final de grado de la UPSA se pide dar cuenta de esta parte. Ahora se deberá estudiar como materia propia y será una oportunidad para que la pueda enseñar algún consagrado o consagrada. Lo mismo podemos decir de *Misionología*, cuyo contenido es transversal en *Eclesiología* y *Pneumatología* en nuestro actual plan de estudios. Desde nuestra experiencia creo que lo más importante no es aumentar el número de materias o asignaturas sino tener bien claro los contenidos transversales que se deben enseñar, y esos contenidos poder estructurarlos en las distintas materias.

Considero también muy acertada la propuesta de algunas “materias ministeriales”. En los seminarios y centros afiliados a las Facultades de Teología, no será difícil introducirlas dentro del último curso, que

24 Cf CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Teología y secularización en España. A los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II. Instrucción pastoral* (Madrid 2006).

tiene un carácter más pastoral. Esto deberá ser estudiado por cada *Ratio* nacional. Desde nuestra experiencia y siendo conscientes de su necesidad, en la última actualización de nuestro plan de estudios introducimos una nueva materia o asignatura titulada: “Lectio divina y homilía”. Ahora, esta nueva *Ratio* considera la homilía como una de las “asignaturas ministeriales” más importantes, pues está claro que la homilía y su preparación configuran el espíritu evangelizador del sacerdote²⁵, y en su preparación se manifiestan los cuatro pilares de esta formación integral y también la actitud para la formación permanente adquirida durante los estudios en el Seminario²⁶.

Estas asignaturas o materias ministeriales deben ayudar a una síntesis final de tipo pastoral, que acompañada durante el último año por la síntesis teológica, debe buscar una mejor y más completa preparación.

VII. EVITAR LA FRAGMENTACIÓN

Esta nueva *Ratio* comienza el capítulo VII, dedicado a la organización de los estudios, con dos citas seguidas del punto 51 de *Pastores dabo vobis*. En este punto se recuerda que hay que evitar la fragmentación en los estudios para conseguir un recorrido unitario e integral. Y continúa recordando que este proceso formativo tiene que generar un discernimiento crítico para comprender la sociedad humana y la comunidad eclesial, por eso se necesita una “formación intelectual más sólida que nunca”.

Nuestro plan de estudios es largo y está muy cargado de materias filosóficas, teológicas y pastorales. Y para evitar la fragmentación, la sucesión de las materias debe tener una unidad orgánica, un hilo conductor, una sabiduría que conduce a través de contenidos y objetivos, desde la filosofía hasta las asignaturas ministeriales. Desde nuestra experiencia apreciamos lo siguiente:

- Es bueno evitar lo planes cíclicos, aunque sabemos lo que esto cuesta, tanto a los seminarios y centros de estudios, como a los profesores. Conozco facultades y centros afiliados ya habituados a estos planes, unos porque les es más cómodo y menos costoso, y otros porque el número de alumnos no da para rellenar todos los cursos. Si esto no se hace con un cierto criterio, como que algunos cursos como el 3º no sea

25 Cf FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, 135-159.

26 También introducimos la asignatura “Arte cristiano y Bienes Culturales de la Iglesia”, propuesta también ahora por la nueva *Ratio*.

cíclico, entonces, nos las tenemos que ver con seminaristas que cursan la escatología sin haber cursado la cristología, por ejemplo. Debería haber algunas asignaturas que son condición para cursar otras (Introducción a la SE, Teología fundamental, Moral fundamental, Cristología) y esto no afecta sólo a la planificación sino también a los seminaristas que suspenden.

- Los profesores publicamos en una Agenda Académica las guías didácticas de nuestras materias de manera que puedan ser consultadas no sólo por los seminaristas sino principalmente por los otros profesores, para evitar repeticiones. Esto es algo que nos pide nuestra Facultad afiliante.
- Es bueno que las asignaturas afines sean enseñadas por el mismo profesor, de manera que vaya ayudando a crear una síntesis. Creo que es mejor menos profesores pero más dedicados que muchos profesores pero menos dedicados. El profesor necesita no sólo preparar y actualizar sus asignaturas sino también acompañar el proceso de transmisión y comprensión. Hay profesores que necesitan una dedicación especial, no exclusiva, pero sí preferencial. En los procesos de afiliación la universidad afiliante, siguiendo criterios de la *Sapientia Christiana* y de la anterior *Ratio*, sigue pidiendo un mínimo de profesores dedicados²⁷.
- Evitar la fragmentación también es algo que depende de los seminaristas y del equipo de formadores, pues cuando un seminarista acumula varias asignaturas suspendas de filosofía y teología, acaba fragmentando los estudios, y esto no ayuda a la síntesis final. Hay situaciones en las que el equipo de formadores debería discernir si no es más conveniente que un seminarista interrumpa los estudios.

VIII. APRENDER LA POBREZA EVANGÉLICA A TRAVÉS DE LA SENCILLEZ Y LA AUSTERIDAD DE VIDA

Este proyecto educativo del Papa Francisco tiene que tener un ambiente austero para aprender a vivir en pobreza evangélica y así ser promotores creíbles de una justicia social²⁸. Se trata de aprender el estilo de Jesús: pasión por el Reino con pobreza y sencillez.

27 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La formación sacerdotal. Enchiridion (1965-1998)* (Madrid 1999) 980.

28 Cf nota 10. Es fácil darse cuenta que esta nueva *Ratio* trata de poner en práctica la *Pastores dabo vobis* de Juan Pablo II, y no sólo en esta dimensión de los estudios, sino también en las otras dimensiones.

La austeridad enseña a pensar y a vivir con lo necesario para poder compartir, y así comprender lo que es lo esencial e importante, y a lo que podemos renunciar. De esto también nos habló el Papa Francisco en Roma, subrayando el punto 111 de esta nueva *Ratio*. Esta austeridad, configura la pobreza sacerdotal, y se integrará en la vida del seminarista si también la sabemos explicar y testimoniar desde la dimensión del estudio. En la época en que vivimos, y sobre todo en Europa, tenemos que luchar contra el confort que nos anestesia y engaña, y crea un espejismo para nosotros mismos, y también para quienes desde los países más pobres tienen que venir a nuestros seminarios. Un conocido sociólogo ha sabido desentrañar las claves de nuestra sociedad moderna y sus confortables perversidades al servicio del mercado que todo lo devora. Hoy más que nunca “tenemos el peligro de perder nuestra capacidad de comprender lo que sucede en el mundo y empatizar con quienes sufren”²⁹. Y para no dejarnos arrastrar tenemos que aprender a dejar nuestra zona de confort, y a ser conscientes de la “vida apresurada” y la “fragilidad del presente” de esta sociedad tan informada e informatizada. En este ambiente “líquido”, sin solidez que de sentido al presente, corremos el riesgo de que los valores sobre los que se asienta la vocación queden también “licuados”.

La austeridad nos enseña a ser conscientes de nuestro tiempo y de nuestro espacio. Saber vivir en el presente es difícil, pues exige una base firme que hoy ya no existe, y nos alejamos de él buscándonos entretenimientos que la sociedad digital pone fácilmente a nuestro alcance. Descubrir el *kairós* personal y no dejarse devorar por el *kronos* diabólico de esta era digital que cada vez va más rápido y nos desarbola y paraliza. Leer, comprender y reflexionar para no depender de lo aparentemente fácil. Sí, la lectura y la reflexión nos sitúan ante nuestro tiempo e impiden que seamos devorados por este tiempo, al igual que la oración y el encuentro con los demás. Sin prisas, renunciando a lo que hay que renunciar, meditando y reflexionando para ser nosotros mismos en un tiempo que es el de cada uno ante Dios. Sólo así se pueden integrar las cuatro dimensiones de la formación, desde esta austeridad de renunciaciones.

Para vivir conscientes de nuestro tiempo, dedicando tiempo al estudio y la oración, necesitamos un espacio austero. Sería un engaño, una tentación de la peor especie, creer que se pueden fomentar las vocaciones ofreciendo en el seminario una vida cómoda y sin estrecheces (cf. DVP 138). La austeridad tiene que ayudar a insertarse en las periferias de este mundo, tanto geográficas como existenciales, siendo conscientes de las injusticias, de las miserias,

29 Cf Z. BAUMANN (L. Donskis), *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida* (Paidós, Barcelona 2016).

de los sufrimientos, de las ignorancias, del pecado que margina y excluye³⁰. Resumiendo, el seminario es un tiempo y un espacio para poder discernir la vocación con libertad, y para esto es necesaria la austeridad. Por eso el Papa Francisco nos pide educar en la austeridad:

“Espero también que en nuestros seminarios y casas religiosas de formación se eduque para una austeridad responsable, para la contemplación agradecida del mundo, para el cuidado de la fragilidad de los pobres y del ambiente” (*Laudato Si'*, 214)

IX. PROMOTORES DE UNA JUSTICIA SOCIAL

Sólo sabremos ser promotores de una justicia social si comprendemos y asumimos que vivimos en un hoy, y en compañía de todos. Tenemos los mismos elementos de análisis y de comprensión que el resto, no tenemos ciencia infusa. Lo específico nuestro es la fe, y nada más que la fe. Una fe que tiene el derecho y el deber de existir en medio de este mundo, en la pluralidad política y en la diversidad de culturas y religiones. Una fe que sabe entrar en diálogo con todas las personas de buena voluntad y escucha el clamor de los que sufren y de los últimos.

Nuestros estudios nos sitúan también ante los problemas sociales, económicos y políticos de nuestro tiempo. Es lo que estudiamos en Teología moral y también en Doctrina Social de la Iglesia (DSI), pues creo que tiene más sentido impartir la DSI como materia o asignatura propia. Comprendemos una dimensión política desde nuestra responsabilidad histórica y de fe, pues el evangelio, aunque no ofrezca recetas para cada caso, tiene una llamada muy fuerte a luchar contra el mal, las opresiones, y las injusticias. El estudio nos ayuda a ser sensibles y objetivos ante todos los dones y exigencias evangélicas, y saber transmitirlos con sensibilidad. Si sabemos apreciar el don evangélico de la pobreza que se elige como fuente de vida sabremos mirar el rostro de los pobres y no hablaremos de la pobreza de cualquier manera, o la eludiremos a través de discursos más o menos elusivos. Entre la evangelización y la promoción humana existen lazos muy fuertes, y por eso, la Iglesia nos llama al compromiso social³¹.

30 Cf *Evangelii gaudium*, 186-192; A. RICCARDI, *Periferias. Crisis y novedades para la Iglesia* (San Pablo, Madrid 2016).

31 Cf CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Iglesia, servidora de los pobres. Instrucción pastoral* (Ávila 2015).

Un aspecto importante del saber buscar y estar en compañía de todos, es que el Seminario como centro de estudios universitarios puede entrar en diálogo y colaboración con otros centros universitarios de carácter civil. Desde nuestra experiencia, las pocas colaboraciones que hemos podido realizar de conferencias compartidas y otras actividades han sido siempre positivas para la formación. Creo que el esfuerzo de diálogo y colaboración que podamos establecer será siempre muy formativo, y es bueno que el Seminario busque siempre este tipo de encuentro.

X. LA FORMACIÓN PERMANENTE COMO ACTITUD

La formación permanente es una actitud que debe ser enseñada durante el período de formación en el Seminario, los formadores y profesores tenemos que suscitar el interés en la profundización teológica, de manera que cuando lleguen al sacerdocio se tenga la capacidad de desarrollar una formación permanente³². El seminarista debe ser consciente de que la etapa para la que se está preparando no significará la conclusión de todos sus estudios, sino que tendrá que seguir aprendiendo con una actitud de comprensión y reflexión.

El Seminario es sólo la etapa inicial, por eso, esta nueva *Ratio* insiste en esta actitud, y sugiere modos de realizar esta formación (DVP 80-88) en las diócesis. Y como el ejemplo es siempre la mejor enseñanza, el punto 152 recuerda la actitud de formación permanente para todos los que estamos implicados en este proceso formativo.

La formación permanente es una actitud que se aprende no sólo desde la dimensión del estudio, sino también desde las otras dimensiones. Y creo que tanto formadores como profesores debemos ser conscientes que lo que acabará minusvalorando esta actitud en el futuro sacerdote será el individualismo clerical. Por eso, creo que debemos comprender la necesidad de inculcar la formación permanente en el Seminario como una actitud que nace de la fraternidad sacerdotal y del *sensus ecclesiae*. Al respecto, DVP 79 recuerda algo que me parece muy importante, y es que el obispo, con sus colaboradores, debe introducir a los nuevos presbíteros en la dinámica diocesana de la formación permanente. Entiendo que la diócesis debe estructurar un plan de formación permanente, y que esta formación será parte de las responsabilidades dentro de la fraternidad sacerdotal en la que el nuevo presbítero se inserta. Creo que sería incluso conveniente dejarlo por escrito en el mandato episcopal que se entrega a cada sacerdote cuando recibe un encargo pastoral.

32 Cf *Agenda Académica*, 7.

A) *¿Cómo podemos los profesores desde el ámbito académico suscitar esta actitud de la formación permanente en la etapa inicial del Seminario?*

-Enseñar el valor perenne de un libro frente al espejismo de internet. El libro es el reflejo de la palabra que permanece más allá del tiempo, una palabra que cala como la lluvia, que impregna, que configura. Un buen libro es como un árbol que nos precede y permanecerá más allá de nosotros³³. En la era digital se lee cada vez menos y se va muy rápido a buscar sin espíritu crítico, sin reflexión... La teología del eslogan que apuntala provisionalmente creando polarizaciones o extremismos, pero no cimienta. Un buen libro siempre nos hará participar de manera activa, subrayando, anotando, glosando, comprendiendo sin prisa, reflexionando. Tanto formadores como profesores tenemos que mostrar el valor de nuestras bibliotecas, y animar para que los seminaristas vayan haciendo su propia biblioteca, que aprecien un buen libro más allá de su aparente utilidad. Sin libros no hay síntesis al servicio de la evangelización, y a un buen libro siempre se puede volver desde la síntesis.

- Sin el hábito de lectura, la síntesis adquirida durante la etapa inicial del Seminario, irá disminuyendo y seremos dependientes de los vaivenes de lo que veo, oigo, siento... Tendremos miedo de contrastarnos con visiones diferentes, y de salir al encuentro del otro con humildad. Nos desnaturalizamos y perdemos libertad interior y capacidad de discernimiento. Dejamos pasar el tiempo sin más y entramos en una dinámica de ociosidad ansiosa, sin saber qué hacer en medio de una sociedad que va demasiado rápido.
- La *lectio divina* personal y en grupo es un buen hábito de formación permanente que comienza a enseñarse en el Seminario desde la etapa propedéutica, de manera que cada día aprendemos a leer la Palabra de Dios y dialogar con ella desde nuestra vida. Creo que es bueno el que esta actitud de la *lectio divina* se recoja como síntesis final en la asignatura ministerial sobre la homilía, pues la homilía necesita de esta actitud de la *lectio*³⁴.

B) Esta nueva *Ratio* plantea con un gran realismo la necesidad de una formación permanente bien estructurada desde la fraternidad sacerdotal,

33 Sobre esto, un libro pequeño y con esencia, R. GUARDINI, *Elogio del libro* (El taller de libros, La Coruña 2007).

34 Es lo que he tratado de hacer en *Lectio divina y homilía. Una síntesis de espiritualidad bíblica al servicio de la evangelización* (Apuntes para los alumnos, curso 2016-2017).

pues esta formación ayudará a conectar las cuatro dimensiones esenciales de la vida del discípulo sacerdote. Siguiendo con el ejemplo de los vasos comunicantes, a partir de ahora, el vaso de la formación intelectual no será tan importante como en la etapa inicial, y lo será el vaso de la dimensión apostólica. Pero el vaso de la dimensión intelectual tendrá que seguir activo y comunicado con las otras dimensiones. Sentir con la Palabra de Dios dentro de una hermenéutica eclesial implica leer e interiorizar con un espíritu de discernimiento, y en compañía fraterna con el presbiterio diocesano.

Esta formación permanente puede ofrecer al sacerdote un ámbito de reflexión ante los nuevos desafíos que van emergiendo en la vida sacerdotal. Y creo que es importante que el sacerdote se sienta sujeto activo que reflexiona, discierne, comunica y comparte. Por eso, esta nueva ratio habla de la importancia de esta formación sugiriendo algunas formas prácticas de fraternidad sacerdotal: encuentros, ejercicios espirituales, mesa común, vida común... (DVP 88). No se trata tanto de más clases de expertos, aunque estas sean también necesarias, cuanto de saber insertar esta formación en el marco de la fraternidad.

La *lectio divina* aprendida y practicada durante el Seminario, puede continuar en algunos de estos encuentros. Creo que en uno de esos encuentros se podría aprovechar para preparar juntos las claves de la homilía. Es evidente que la homilía la hará cada uno en su lugar de celebración, con su parroquia, y tendrá en cuenta las condiciones propias de su comunidad. Pero una lectura espiritual del evangelio y su relación con las lecturas puede ser de ayuda para todos. Una lectura y meditación dirigida cada vez por uno distinto, puede acabar en una *collatio*, en donde podemos compartir los ecos de la Palabra en cada uno de nosotros. Y es importante que este compartir lo hagamos, no como expertos sino como discípulos que nos ponemos a la escucha. No se trata de ver quién sabe más sobre esos textos, ni de ser maestros en este momento (Sant 3,1), sino de compartir en espíritu desde la fraternidad, de manera que podamos compartir lo que la Palabra va haciendo en nosotros. Nos abrimos a nuestros hermanos como discípulos de la Palabra que escuchamos, y acogemos en un continuo aprendizaje lo que esta misma Palabra nos va enseñando a través de ellos. Aprendemos de todo, de nuestros errores y fracasos también, y aprendemos de todos. Nuestra tentación más cotidiana será el individualismo, que nos sumirá en una continua insatisfacción.

Sin formación permanente, sin lectura, sin ejercicios espirituales... sin reflexión, acabamos en un sacerdocio sin contenido, sólo apariencia y sentimiento que entretiene.

XI. CONCLUSIÓN: UNA SÍNTESIS AL SERVICIO DEL EVANGELIO

El hecho de que esta nueva *Ratio* subraye que la dimensión intelectual no es la única dimensión de la formación sacerdotal no significa una minusvaloración del estudio. Está claro que el estudio es lo que más tiempo y recursos necesita durante el periodo inicial de formación en el Seminario, y no hay nada en esta *Ratio* que permita deducir una rebaja en las condiciones académicas y sus exigencias de evaluación.

Lo que sí hace esta nueva *Ratio* es aumentar los años de la formación inicial en el Seminario, al incluir como obligatorio un año propedéutico. Y también ha incluido algunas nuevas asignaturas como obligatorias en la última etapa (*asignaturas ministeriales*). Si esto lo unimos a la reforma previa de los dos años de filosofía, podemos decir que las exigencias académicas se han ido incrementando a favor de una preparación más completa e integral.

La vida académica del Seminario, tenga la modalidad que tenga, dentro o fuera del propio Seminario (como centro afiliado dentro del mismo Seminario, en una Facultad de Teología,...), no se agota en sí misma, sino que tiene que entrar en contacto con las otras tres dimensiones fundamentales en la formación. Para que este contacto sea continuo y funcione como vasos comunicantes, el estudio tiene que configurar la vida de trabajo y entrega del seminarista e ilustrar desde la sabiduría del Evangelio, teniendo como meta la evangelización.

